

Desenmascarando al capitalismo

GARZÓN ESPINOSA, A. (2013): *La gran estafa. Barcelona,*
Ediciones Destino. 228 pp.

ISBN: 978-84-233-4419-2

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 6 (2014), nº 15, 353-359

Con este título, que bien pudiera ser el de una novela policiaca, Alberto Garzón Espinosa¹, experto economista y político comprometido, nos da las claves económicas, políticas y sociales para comprender una realidad que nos cuesta digerir, la de una crisis económica mundial que se está llevando por delante nuestro frágil Estado de bienestar. Así es, desde que estalló la crisis, venimos oyendo en todos los medios de comunicación cómo ha evolucionado nuestra economía en los últimos años: tuvimos una excesiva dependencia del sector de la construcción, vivimos por encima de nuestras posibilidades, la deuda del sector privado más tarde se convirtió en deuda pública y, finalmente, se nos exigió una serie de políticas estructurales, o de ajuste, que los distintos Gobiernos han tenido que aplicar de forma inexcusable para poder salir de la crisis y volver, cuanto antes, a la senda del crecimiento económico.

No obstante, esta explicación lineal, neutra, impecable, no deja ver la verdadera intención que se esconde detrás de tales políticas económicas. Para Garzón, y para una gran parte de la población española y europea, la propia crisis económica es una estafa que esconde un inmenso robo. El que se está perpetrando contra las finanzas públicas y los bolsillos de los ciudadanos por

1. Alberto Garzón Espinosa es, actualmente, diputado de Izquierda Unida por Málaga, y el parlamentario más joven del Congreso de los Diputados de España en esta legislatura 2012-2016.



parte de un sector minoritario de la sociedad. Una élite adinerada que tiene el poder suficiente para imponer normas de comercio y ventajas fiscales que les beneficia de forma injustificada mientras la mayoría de la población sufre el desempleo, la precariedad y el abandono institucional. Esta situación, de expolio sin límite de las arcas públicas, no se centra exclusivamente en nuestro país, en realidad, se extiende por toda la UE como una manifestación más del descontrolado sistema económico global. Es cierto que la mayor o menor gravedad con que afecta a cada país depende, en última instancia, de los distintos factores económicos, históricos, culturales y sociales que conforman su economía. Sin embargo, y esto es lo más paradójico, las estrategias de austeridad que se imponen desde las instituciones supranacionales a los distintos países en crisis son las mismas para todos.

El libro es un análisis somero del rescate bancario a España, un breve ensayo que pone sobre la mesa toda la complejidad del sistema capitalista pero que no se centra exclusivamente en cuestiones economicistas, sino que va más allá, al cuestionar también la ideología y la política neoliberal que lo sostiene. En la misma línea, plantea y cuestiona la posibilidad de no pagar aquellas deudas que se consideran ilegítimas por ser inmorales: las que han permitido salvar a los bancos cuando sabían que sus prestatarios no podrían devolver los créditos que les concedían. En este trabajo queda cuestionada la ética de un sistema que salva y enriquece a los más ricos a costa de los más pobres. Es la voz de los indignados, de los millones de personas que no creen que sus gobernantes estén haciendo todo lo posible por mejorar sus vidas, sino todo lo contrario, que temen al poder económico y por eso le benefician con sus políticas.

El autor, desde el primer capítulo, nos explica la importancia y la necesidad de conocer cómo funcionan los países con economías capitalistas, así como los procesos productivos del capital, sus mecanismos y sus distintas crisis, para comprender en qué medida nos afecta como ciudadanos y usuarios del sistema. A través de sus páginas, llenas de ejemplos y reflexiones, nos desgrana las características propias del sistema económico español y su imbricación en la dinámica capitalista del proyecto común europeo.

En un breve repaso histórico, Garzón nos recuerda que, cuando España se incorporó a la Unión Europea, con una economía débil y escasamente desarrollada, tuvo que aceptar las duras condiciones macroeconómicas, inspiradas en el ideario

neoliberal, y competir con el resto de economías más desarrolladas del continente. En compensación, recibió importantes cantidades de fondos estructurales que no se utilizaron para modernizar sus industrias, sino para mejorar las infraestructuras y abaratar los transportes y las redes de comunicación europeas. Con los sectores industriales patrios mermados por la invasión de productos europeos, el capital buscó formas de inversión que fueran más rentables, y entonces apareció el sector de la construcción como el más adecuado para invertir y ganar dinero.

Así es, resultaba mucho más rentable invertir en la construcción que en cualquier otro sector industrial, no solo para el capital nacional, también lo fue para el extranjero ante la llegada de tanto dinero para financiar autopistas, ferrocarriles, aeropuertos, etc. Pero, el sector de la construcción era rentable precisamente porque se lograba completar el ciclo del capital. Es decir, no solo se construían viviendas, sino que también había quien las compraba y las pagaba. ¿De dónde salía el dinero para cerrar el ciclo económico?

Básicamente, de los bancos alemanes y franceses que prestaban el dinero a los bancos españoles para que, estos a su vez, pudieran volver a prestarlo a empresas y particulares que invertían en especulación inmobiliaria. En Europa existe un modelo de crecimiento simbiótico entre los países del centro y los de la periferia. Mientras los países del centro basan su crecimiento en la exportación de bienes y servicios, los periféricos han crecido gracias a la demanda interna y al endeudamiento privado. Estas dinámicas, que ya existían antes, se acentúan tras la llegada del euro, mostrándonos cómo la estructura de la UE y la moneda común, lejos de proporcionarnos estabilidad y crecimiento económico, agudizaron los desequilibrios internos.

Al estallar la crisis financiera y pincharse la burbuja inmobiliaria, quedaron las deudas que había que pagar a los bancos europeos. Ellos son los principales acreedores del sistema financiero español y los principales interesados en que las deudas se paguen. Las Cajas de Ahorros, que habían colaborado activamente en la especulación inmobiliaria, se hundieron irremediablemente al no recibir el dinero de las empresas que ya habían quebrado, entonces el Estado se hizo cargo de esas deudas teniendo que pedir prestado en el mercado de deuda pública. Cuando esa situación se hizo insostenible tuvo que pedir prestado el dinero a la Unión Europea a cambio de reformas estructurales. El Estado transformó las deudas privadas en deudas públicas y la exposición del sistema financiero español se convirtió en exposición del Estado español, y los beneficios que habían sido privados se transformaron finalmente en pérdidas públicas.

En esta exposición queda reflejada una parte objetiva de lo sucedido, ahora bien, ¿tiene sentido que los bancos alemanes que se arriesgaron prestando a bancos españoles, y ganaron tantos beneficios, no tengan pérdidas al demostrar que fracasaron al elegir a quién prestar? ¿Tiene sentido que las deudas de las entidades financieras tengan que ser pagadas por los trabajadores en forma de recortes sociales? ¿Son legítimas todas las deudas? Estas son algunas de las cuestiones más interesantes que nos plantea el autor y sobre las que nos invita a reflexionar antes de pagar las deudas exigidas por los bancos.

En el segundo capítulo, el autor hace hincapié en el poder que tienen las ideologías como motor de cambio social. Ahora, la ideología hegemónica que dicta las pautas de actuación en la política y en la economía mundial es el neoliberalismo. Su ideario filosófico, centrado en separar política y economía, rechaza cualquier intervencionismo del Estado que no sea el necesario para mantener la propiedad privada a ultranza, las reformas radicales en el mercado de trabajo, la desregulación de las finanzas y la liberalización del comercio mundial. Sin embargo, más de tres décadas después de absoluta hegemonía neoliberal, ha sobrevenido esta crisis, que por su duración en el tiempo y sus graves efectos ya se la conoce como la Gran Recesión, y se está llevando por delante los logros sociales conseguidos con el esfuerzo de muchísimos trabajadores, quedando todo su ideario y todas sus instituciones gravemente desprestigiados.

Hoy, los sistemas políticos, en general, y la democracia, en particular, están cada vez más cuestionados como elementos capaces de representar los derechos de los ciudadanos y salvaguardar la voluntad popular. Las instituciones se muestran incapaces de ayudar a los más necesitados, que ven cómo sus condiciones de vida se deterioran rápidamente. Un deterioro que se concreta en subida de impuestos, bajada de salarios, incremento de la desigualdad, privatización de los servicios públicos, retroceso en los derechos sociales y, sobre todo, en el aumento del desempleo. En realidad, todo forma parte de una estrategia para desarmarnos ideológica y materialmente. La democracia ha sido secuestrada por los poderes económicos, ajenos a la razón y a la voluntad popular, y solo buscan su propio beneficio. Esto se comprende mejor si tenemos en cuenta que, desde que se aprobó el Tratado de Maastricht en 1992, se impuso en Europa una dictadura de tecnócratas que tiene en la Comisión Europea y en el Banco Central Europeo sus máximos representantes del ideario económico neoliberal. Ahora, que se ha interrumpido el ciclo productivo del capital, estas instituciones fuerzan

cambios estructurales en los países con la intención de reactivar la economía, es decir, de que continúe siendo rentable su actividad económica y, por extensión, obtengan un mayor grado de crecimiento económico.

Ninguna política económica es neutra en sí misma, sino que es, en última instancia, una política ideológica, es decir, forma parte de un programa político previo y trata de imponer un determinado modelo social. Y la estrategia ideológica de imponer recortes al Estado de bienestar persigue un modelo de empobrecimiento social de la mayoría de la población en beneficio de unas minorías (grandes fortunas) vinculadas a la propiedad del capital financiero (bancos) y del gran capital productivo (grandes empresas). Con el fin de lograr esa transformación social, se utilizan mecanismos financieros (como la conversión de las deudas privadas de los bancos en deuda pública) y leyes que actúan como palancas de desmantelamiento de los servicios públicos (privatizando los servicios públicos más rentables). Sin embargo, la ansiada recuperación económica, ni está ni se le espera. Con estos dogmas económicos tardaremos años en volver a disfrutar de cifras de empleo y riqueza como las pasadas. En realidad, estamos retrocediendo y, si no se remedia, pronto volveremos a cifras y modelos sociales que ya vivieron nuestros padres. El verdadero cambio debería venir de estímulos económicos financiados por las instituciones europeas y de reformas fiscales altamente progresivas, pero la troika no quiere ni oír hablar de ello por los efectos redistributivos de la riqueza que ello supondría.

El autor, en el tercer capítulo, hace una síntesis de lo ya apuntado y nos recuerda cómo la crisis económica ha derivado en crisis ideológica, al cambiar la concepción del mundo que tenían los ciudadanos cuando se han modificado radicalmente sus condiciones de vida, y también en crisis política, al crecer el desprestigio de las instituciones públicas. Con ello, se pone de manifiesto la gravedad y profundidad de la crisis económica, al mismo tiempo que obligan a replantearnos nuevas formas de organización y participación ciudadana para dar respuesta a la demanda de una mayor democracia. Con esa intención nació el movimiento 15M, en 2011, para exigir una mayor responsabilidad e implicación de las instituciones públicas. La necesidad urgente de realizar cambios estructurales en el sistema fue el detonante de esas manifestaciones sociales que, a pesar de su heterogeneidad, manifestaban el descontento y la frustración de una parte de la población muy castigada por la precariedad y el desempleo: los jóvenes. Ahora es toda la sociedad la que sufre estas desigualdades y esta pérdida de derechos y, también, la que manifiesta su

indignación y su disconformidad con las políticas que lleva a cabo el Gobierno. Se echa de menos, entre otras cosas, un Estado de derecho que valore a las personas por sí mismas, como parte de un sistema social que debe ser equitativo y justo con todos pero, sobre todo, garantista y protector de los más desvalidos.

El sistema capitalista, por sí mismo, es incapaz de dar respuesta a quienes no resultan rentables, en su incesante búsqueda de mayores beneficios, los débiles son lastres de los que hay que desprenderse para poder seguir siendo productivos. Cuando los sistemas políticos ceden a las expectativas del capital renuncian a sus deberes y responsabilidades y, por lo tanto, también, a su legitimidad. Por lo tanto, se trata de buscar un nuevo modelo social, una alternativa al sistema capitalista depredador y aniquilador de la voluntad de las personas. A pesar de que la ideología dominante nos hace creer que capitalismo y Estado de derecho son una misma cosa, en estas páginas descubriremos que no es así en absoluto. Hay otras formas de entender el Estado y, desde luego, pueden y deben ser más respetuosas con las necesidades de los ciudadanos. Urge un cambio en la relación capital-trabajo, así como en la relación capital-Estado, se precisa un cambio de concepto, un cambio de mentalidad, en suma, un cambio de ideología dominante.

Otro punto clave en esta reflexión lo encontramos cuando argumenta de qué forma los intereses del capitalismo chocan con los límites medioambientales del planeta. Una de las mayores incompatibilidades la encontramos en la finitud de los recursos naturales y la ilimitada explotación de materias primas para dar respuesta a un mercado insaciable, fruto de ello son los nuevos movimientos sociales que apuestan por un consumo responsable e, incluso, por un decrecimiento de la productividad industrial.

Como cierre, el cuarto, y último, capítulo desarrolla con cierto detalle cuáles han sido los mecanismos que han servido para perpetrar el saqueo de las cuentas públicas. Esos que han facilitado el traspaso de ingentes cantidades de dinero público hacia unas pocas manos privadas. Nos aclara desde quiénes pagan realmente los impuestos a qué son los mercados bursátiles, pasando por los paraísos fiscales, la especulación financiera, las privatizaciones, la deuda pública, las agencias de calificación, o los fondos de pensiones, todo cae bajo la atenta mirada de este joven economista crítico con el sistema capitalista.

Resumiendo, para la mayoría de los economistas ortodoxos, quienes abrazan el ideario neoliberal, la crisis actual es un mero accidente pasajero, fruto del carácter

cíclico de la economía, que se solucionará con las medidas acostumbradas. Por eso, las autoridades financieras internacionales (FMI, BCE, Comisión Europea) nos mandan siempre el mismo mensaje, y es este: a menos gasto público o a menor intervención del Estado, mayor es la eficiencia económica y también mayor es el bienestar y la felicidad de la población. Este mensaje neoliberal continúa promoviéndose aunque no haya ninguna evidencia empírica que lo avale, más bien al contrario, todas las experiencias realizadas en otros países y en otras economías revelan los desastres que dejan tras de sí este tipo de políticas de austeridad.

Para quienes, como Garzón, rechazan la ortodoxia económica neoliberal, la propia crisis financiera es producto de esa misma ideología neoliberal. La incapacidad de satisfacer las demandas sociales de un número cada vez mayor de personas hace que se tambaleen los Estados, sometidos a la dictadura del capital, mientras se beneficia a una minoría que acumula todos los recursos. Su apuesta pasa por reivindicar una democracia más directa, reforzar el papel de los Estados y exigirles una mayor implicación en los monopolios estratégicos (energía, salud, educación, agua y transporte, exactamente los temas más demandados en las manifestaciones) para que puedan cumplir con las necesidades de producción, distribución y venta de bienes y servicios básicos para todos los ciudadanos.

Es de agradecer el carácter pedagógico de la obra, la claridad expositiva de los conceptos y el compromiso con el rigor en los datos aportados. Sin duda, una visión de la crisis que todos estábamos esperando, una que nos despierte del aletargamiento y la resignación y nos mueva en la dirección adecuada para construir nuevos horizontes sociales más justos y solidarios.

Jesús Javier Alemán Alonso²

Universidad Pública de Navarra

alexalemanes@yahoo.es

2. Este trabajo se ha desarrollado dentro del Grupo de Estudios Lógico-Jurídicos (JuriLog) del IFS, CCHS-CSIC, y en el marco del Proyecto de Investigación "Kontuz! Los límites del principio de precaución en la praxis ético-jurídica contemporánea" (FFI2011-24414), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.